

## **DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 2, 14.22-33): *Dios lo resucitó y nosotros somos testigos.*

**Salmo** (15, 1b-2a.5.7-11): *«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»*

**2ª lectura** (1ª de Pedro 1, 17-21): *Comportaos con temor durante vuestra peregrinación.*

**Evangelio** (Lucas 24, 13-35): *Quédate con nosotros porque atardece.*

Este domingo de pascua, la liturgia nos regala uno de los relatos evangélicos más hermosos y que más huella ha dejado en la memoria de los cristianos a lo largo de los siglos. El relato de Emaús resume la experiencia pascual de los discípulos de Jesús. Una experiencia de fracaso y decepción que solo cambia cuando el resucitado toma la iniciativa de salir a su encuentro. El texto nos descubre las grandes dificultades por las que atravesaron aquellos hombres y mujeres hasta que pudieron reconocer al resucitado. Rico en imágenes, el texto nos describe el nacimiento a la fe y con ella, a la misión: *«Se les abrieron los ojos»*; lo reconocieron *«al partir el pan»* y se volvieron a Jerusalén a contarles a sus compañeros la buena noticia.

Así es la experiencia pascual. Así fue al inicio y así es hoy. Vieron a Jesús, convivieron con él, pero su mirada, distraída y superficial no supo ver el profundo misterio que habitaba su vida. Lo mismo nosotros hoy, podemos recitar el credo de memoria, oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y, sin embargo, no comprender a Jesús y no tener la experiencia de su compañía.

**¡Qué decepción tan grande vivieron aquellos discípulos!** Habían compartido la vida con Jesús, esperaban que fuera el liberador de Israel, pero había sido crucificado y había muerto en la cruz: todo había terminado. Algo así sucede a veces entre nosotros. Hemos podido vivir años tranquilos y seguros en el seno de la Iglesia, donde hemos encontrado acogida, hemos hecho amigos, hemos descubierto y vivido la fe cristiana, hemos aprendido a dar un sentido a las cosas. Las celebraciones litúrgicas han marcado el ritmo de nuestras vidas...

Pero de un tiempo a esta parte, hemos ido experimentando cómo la sociedad está cambiando a una velocidad de vértigo y, con ella, cambiamos nosotros también. Y vemos cómo el sentido de la vida, los valores y gustos, fluyen por otros cauces; y cómo las personas caminan y caminamos por otros senderos. Personas que antes venían por la parroquia, dejaron de venir un día y cada vez hay más bancos vacíos en nuestras reuniones y celebraciones. Y en nosotros puede asomar el cansancio, la duda, el desánimo, la decepción. ¿Acaso no somos nosotros los discípulos de Emaús de hoy que necesitamos ser encontrados por Él?

Hay caminos que se recorren con alegría y hay caminos por donde se van arrastrando los pies: Dos discípulos decidieron abandonar Jerusalén. Sus expectativas estaban desechas. Su entusiasmo se había extinguido. La aventura había acabado mal. No quedaba sino volver a su pueblo, a Emaús, arrastrando los pies y arrastrando el alma.

Tenían toda la información necesaria: *«lo de Jesús de Nazaret el profeta poderoso en palabras y obras, condenado por las autoridades de su pueblo y crucificado»*. Pero ya no había esperanza en su corazón: *«Esperábamos que fuera el libertador...»*. Desilusión, tristeza y huida. Un diagnóstico demasiado frecuente aun en nuestro tiempo. Y si no hablaron entonces de depresión es porque no conocían la palabrita.

La terapia antidepresiva de Jesús fue en cierta forma brutal. No se anduvo con frases dulzonas o con consolaciones afectivas. Para ayudarles a salir de esa tristeza, les llama primero insensatos y duros de corazón para creer. Y se enfrasca en una explicación de las Escrituras que no tiene solo la finalidad de aumentar su caudal de información, sino que hace que su corazón arda, como ellos mismos lo reconocerán más tarde.

La pasión y la muerte no es lo último; lo último es la vida y la gloria. Lo sabían ellos, lo sabemos nosotros, pero qué difícil nos resulta dejar que arda nuestro corazón con esas palabras del Señor. Hay un requisito de entrada: *“dejar a Jesús hacer el camino con nosotros”*. Al menos, hay que reconocerles a los discípulos de Emaús que, aunque se apartaron de la comunidad, no acabaron con toda forma comunitaria, pues, a pesar de su desilusión, seguían viajando juntos. Y cuando llega el inesperado forastero, le dejan hacer el camino junto a ellos. Lo aceptan en su diálogo y le van permitiendo encenderles el corazón. Y más tarde se aferran a él: *«Quédate con nosotros»*.

Jesús tomó la iniciativa entonces y lo hace ahora también. Como un desconocido se pone a caminar a nuestro lado, nos pregunta, desea ayudarnos a ver los acontecimientos desde el modo de mirar de Dios. Abramos los ojos y el corazón para poder experimentar que, como nos dice el papa Francisco *«con Jesucristo, siempre nace y renace la alegría»* (Evangelii Gaudium, 1), y sigue diciéndonos: *«invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»* (Evangelii Gaudium, 3).

La experiencia de Jesús resucitado, me parece, se da siempre en un ámbito comunitario. Y esta es una cuestión que nos atañe fuertemente ahora. Algunos deciden hacer el camino por su cuenta. Pero Jesús resucitado sale al encuentro en la comunidad, grande o pequeña. Sale al encuentro en la comunidad porque solo hay espacio para él cuando hay espacio para los demás. Él es siempre otro, el Otro.